

tencia, y viendo delante de sí el camino libre, el comisario entró en la habitación que deseaba examinar.

### XIII

El comisario de policía, después de atravesar varias habitaciones, se encontró bien pronto en un cuarto cuyo aspecto debiera haberle hecho reflexionar, si preocupándose menos del robo cuyo autor no podía encontrar, hubiese estudiado atentamente ciertos detalles del mueblaje. En cualquier otra situación hubiese dicho para su fuero interno que el cuarto del conde de Sanneteyre era demasiado elegante para un hombre; que debía servir de asilo á alguna linda pecadora que ocultase allí sus misteriosos amores.

Entonces se hubiesen disipado las tinieblas de su mente, se hubiese hecho la luz; hubiese vacilado en hacer que una profana mano tocase aquellas paredes, confidentes de dulces secretos y en ocuparse de un robo en aquel templo dedicado á Venus.

He aquí, según Carmen Lelievre, la descripción exacta de la pieza que en el cuarto que ocupaba el conde Sanneteyre estaba contigua al tocador de la marquesa de Tourves y estaba separada de él tan sólo por un estrecho corredor ó pasadizo y dos puertas, una abierta en el cuarto del conde, y la otra oculta en el maderamen que recubría las paredes del tocador de la marquesa.

Los muros y el techo de la pieza de que hablamos estaban cubiertos de raso de color rosa de China, con botones de raso negro. La cama, que no pertenecía á nin-

guna época determinada, y no tenía estilo fijo, ancha y de poca altura, sin cortinas, desaparecía bajo una especie de colcha ó forro de plumazón de cisne, cosidas con tanto arte, que no se conocían las costuras. Una espesa alfombra de Aubusson, sembrada de violetas y margaritas, cubría el suelo. El mobiliario se componía de un espejo-tocador de la época de Luis XVI, de palo de rosa con adornos de cobre; de una butaca baja y ancha, tapizada de raso, igual á las paredes, y de uno de esos muebles de invención moderna llamados *vis á vis*. Un péndulo pequeño, de preciosa forma, y dos candelabros de tres brazos, de porcelana de Sajonia, adornan la chimenea; una lámpara, estilo de la Edad Media, de cobre, con piedras incrustadas, hábilmente combinadas, cuelga del techo y sirve para iluminar tenuamente la estancia. De tres jardineras de laca del Japón

se ven salir plantas verdes de anchas hojas y muy raras.

El comisario, entregado por completo á su deber, no tuvo respeto ninguno á aquel mueblaje. Aproximóse á la pared y procuró descubrir en la tapicería alguna solución de continuidad que indicase una puerta ó una abertura cualquiera. Un instante le bastó para encontrar lo que buscaba. Y se comprende; como en aquella habitación no entraba nadie más que el criado viejo que abrió la puerta y la sacerdotisa del santuario, no creyó que debía tomar por el lado de su casa tantas precauciones como la marquesa había tomado por su cuarto.

Esa falta de obstáculos y de misterio reveló la verdad. El ladrón no era ya, como en la carta anónima se insinuaba, un oscuro malhechor que, por una abertura secreta, se introducía en la casa ve-

cina. Tratábase de una verdadera puerta, apenas oculta, y cuya cerradura estaba imperfectamente disimulada con el respaldo de una butaca. El conde tenía evidentemente conocimiento de ella, y debía ser el ladrón ó su cómplice, á no ser que fuese... Esto fué lo que por el momento detenía al comisario, y no veía más allá.

Quitó la butaca, empujó la puerta y entró en el pasadizo. Después, viendo una segunda puerta enfrente de él, estudió el mecanismo de ella y, sin mucho trabajo, consiguió abrirla.

Y se encontró en casa de la marquesa, en su mismo tocador, ocupado por una docena de personas que la señorita Lelievre había reunido allí con mala intención.

Descubrió al momento el asombro pintado en todos los semblantes, las miradas curiosas dirigidas al pasadizo y á la pieza que eguía al tocador de la marquesa, las

sonrisas cambiadas, los cuchicheos, los murmullos significativos, y comprendió, demasiado tarde ya, que en vez de hallar al autor de un robo, había descubierto una intriga amorosa, entregando un secreto importante á la avidez de los curiosos.

Algo confuso por haber dado aquel mal paso, ó presa de remordimientos acaso, quiso volver sobre sus pasos; pero dos ó tres criados de la marquesa habían entrado desde la casa de ésta á la del conde, y un amigo de ella, para poner fin á aquel escándalo, empujó la puerta. No se podía abrir más que exteriormente. El comisario de policía, que había entrado por el número 30, se vió obligado á salir por el número 32, y los curiosos, que habían entrado en la casa del conde, tuvieron que salir por la escalera.

Aquella caza cruzada bastó por sí sola

para poner á los grupos de gente que se habían formado en la calle al corriente de la situación. Como se había propuesto Carmen, el secreto de la señora de Tourves había sido brutalmente entregado á la murmuración pública sin contemplación, sin reservas, de un solo golpe, á la luz del sol.

La marquesa entraba en el hotel en el momento mismo en que la policía salía de él. Ciertos movimientos, ciertos rumores inusitados al rededor de su morada, la habían asustado; pero estaba muy lejos de creer la inmensidad de la desgracia que acababa de caer sobre ella. Apenas vió al comisario, se dirigió á él, diciéndole:

—Vuestra presencia en mi casa me explica el movimiento que se notaba fuera. Habéis encontrado, sin duda, al ladrón, y lo han sabido los vecinos.

—¡Ah, señora!—replicó tristemente el

oficial de policía,—no habéis sido robada, os han hecho traición. Las alhajas se encontrarán, con seguridad, sin mi concurso. No las han robado, no han hecho más que ocultarlas para producir este escándalo. Siento haber comprendido, muy tarde ya, la intriga de que habéis sido víctima, y os suplico me dispenséis.

Y se alejó sin dar más explicaciones. La marquesa comprendió al momento el sentido de aquellas palabras: una caritativa amiga la esperaba para ponerla al corriente de los sucesos que habían ocurrido en una hora. Al mismo tiempo encontró sobre la chimenea la caja en que estaban guardados el collar de perlas y el botón de puño, causa primera de esta triste aventura. Carmen había conseguido su objeto y hacía restituciones.

La marquesa no trató de saber el nombre del enemigo que la había herido tan

cruelemente. ¿Qué la importaba? En el pasado pensaría después: el presente, el porvenir era lo único que le inquietaba. Su reputación, que tanto empeño había puesto en consolidar, acababa de hundirse. Admirada, envidiada ayer mismo, iba á ser desde hoy despreciada. La sociedad no podría perdonarla el haberle robado sus elogios, sus alabanzas, sus respetos, por espacio de diez años. Se mostraría tanto más severa con ella, cuanto más la había estimado.

No se sintió con fuerza para resistir la tempestad y oponer un semblante impasible á las sonrisas y á las miradas desdeñosas, defenderse, explicar su desgracia, llamarse víctima de una calumnia, y gritar tanto, que acaso hubiese convencido de su inocencia á las almas crédulas. Su raro aplomo la había abandonado; estaba anonadada bajo el peso de su desgracia.

Confesóse vencida, é inclinó la cabeza.

Por la noche permanecieron cerrados los salones. Precaución inútil: apenas si se presentaron dos ó tres visitantes, ignorantes aún de la aventura, y que la sabrían al día siguiente.

Hízose pública á la vez en una docena de periódicos, y como la noticia se daba en los mismos términos en todos ellos, es de presumir que una misma persona la habría enviado á muchas redacciones á la vez. Carmen no podía olvidar ningún detalle.

Veinticuatro horas después de estos sucesos, la marquesa se marchó de París y se retiró á una de sus posesiones. La acompañó su marido, que era el único que creía en su virtud como siempre. Por compasión sin duda, nadie le hizo sabedor del accidente desgraciado que á su mujer la había acaecido.

«Feliz marqués, decía la preciosa señora de X... jamás sabrá la brecha abierta en su honor y en su casa.»

Tal fué la primer empresa de Carmen Lelievre. No fué la última.

#### XIV

Antes de retirarse de la sociedad y refugiarse en el campo, la señora de Tourves despidió á toda su servidumbre. Era una medida prudente para el porvenir, puesto que en ella había un traidor y no se dignaba hacer pesquisa ninguna para dar con él.

La señorita de compañía había sido comprendida en esa medida general, ó más bien, sin esperar á que la despidie-

sen, se dió prisa á tomar la delantera y marcharse ruidosamente de una casa en que, según decía, no podía permanecer una joven honrada.

Por otra parte, á Carmen no la inquietaba el hallar nueva ocupación: Lucrecia Vitel debía estar satisfecha de la manera con que su querido ángel exterminador, como la llamaba, había llenado su primera misión, para que no tratase de confiarla otra. Carmen, es cierto, había obrado en casa de la marquesa por su propia cuenta, con el único objeto de satisfacer su venganza personal y sin ocuparse de Lucrecia. ¿Pero qué la importaba á ésta si se había vengado también?

¿No sabía que, susceptible, llena de envidia, celosa, su protegida hallaría siempre ocasión de odiar á las gentes y hacerlas daño? Carmen había tenido alguna vacilación en los primeros días de su

permanencia en el hotel de los señores de Tourves, en hacerle daño y tuvo sus veleidades indulgentes; esos nobles sentimientos no debían ocuparla eternamente: cuando los necesitaba, no era mujer que se paraba en la pendiente de la misericordia.

¡Misericordiosa! ¿Por qué serlo? ¿La conducta de Prades para con ella había de inspirarla un profundo amor al prójimo? No, ciertamente: esperaba en algunos momentos, á fuerza de perseverancia, llegar á conmover aquel corazón rebelde; porque, aunque recordaba los desprecios que Didier la había hecho, y le perseguía con odio implacable, le amaba aún, le amaba siempre, con verdadero frenesí. Sus tentativas por volverle á ver y por hablarle, fueron inútiles: fiel al plan de conducta que se había trazado, á las resoluciones tomadas y formuladas delante de Lucrecia, se obstinó en no reanudar unas rela-

ciones que, á pesar de sus esfuerzos, no hubieran podido ser de larga duración.

Entonces fué cuando Carmen, ayudada de Lucrecia Vitel, organizó la cábala que debía romper la carrera de Didier, arruinar sus esperanzas y su porvenir. No quería tan sólo castigar á Prades y vengarse de sus desdenes; esperaba sobre todo que menos embriagado con sus triunfos, herido en su orgullo de artista, aleccionado sobre la inconstancia del público, renunciaría á una carrera que tantos sinsabores producía, y consentiría en convertirse de semidiós, en simple mortal, de tenor en amante.

No había sido así. La adversidad no producía los cambios soñados. Didier se negó á consolarla, y se replegó en sí mismo, esperando mejores días.

Perdidas sus esperanzas, haciéndose su carácter más agrio cada día, furiosa con-

tra Prades, y al mismo tiempo más enamorada de él que nunca, le hería de nuevo, sin compasión, llorando siempre el tener que verse obligada á hacerle daño. No podemos explicarnos las contradicciones, las extravagancias de aquel corazón gangrenado. Las hacemos constar y damos fe de ellas, puesto que se hallan consignadas en las Memorias donde están puestos esos detalles.

Cuando Carmen Lelievre podía sustraerse á sus deberes de señorita de compañía, alquilaba un asiento en el fondo de algún oscuro palco subsuelo de la Ópera Cómica; oculta por los demás que iban con ella, cubierta con su velo, según costumbre, presenciaba los desórdenes que se originaban en la sala, y de los cuales era instigadora; y veía estallar la tempestad que ella misma había preparado.

¡Qué injustas, qué odiosas, qué absur-

das le parecían aquellas gentes! En vez de aplaudir á ese gran artista llamado Didier, llamarle al palco escénico, arrojarle flores y llevarle en triunfo, se atrevían á chichear, á silbarle. ¡Qué miserables!

Y al mismo tiempo experimentaba una violenta voluptuosidad en oír aquellos murmullos, aquellos silbidos que, después de haber herido al actor, lastimaban el corazón del hombre que odiaba y quería al mismo tiempo, que era su execrable enemigo y su ídolo.

Había momentos en que, si se hubiese atrevido, se hubiera dado á conocer á los jefes de aquella cábala y les hubiera dicho: «Estoy aquí, yo que os pago; cumplid mejor vuestra obligación, ganad más á conciencia vuestro dinero. Silbad, silbad más, obligadle á que salga del escenario y cobraréis doble jornal.»

Pero cantaba otra vez, y entonces Cal

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

men cerraba los ojos, se llevaba la mano al corazón, que parecía rompersele, se calmaba algo; y cuando callaba volvía á la vida, se salía fuera del palco, aplaudía frenéticamente, y mezclando su voz á la de los amigos de Didier, gritaba: «¡Abajo la intriga! ¡Fuera los perturbadores!»

Y mientras que pasaba del odio al amor, de la admiración más exaltada al más frenético furor, mientras agotaba toda clase de medios para hacer daño al objeto de su culto, Didier permanecía sereno, impasible, no se notaba ninguna alteración en su semblante. Parecía tan desdeñoso con el público como lo estaba con Carmen. Nada podía vencer aquella frialdad enervante, pero que tanto la gustaba á ella.

Volvió á ser lo que había sido antes, y hasta un día después de aquella célebre noche tempestuosa en que, contra su costumbre, había tenido un destello de pa-

sión. Aquella noche tan corta, que sin cesar se complacía en recordar, y aquel recuerdo que la atormentaba, le agradaba también. ¿Cómo Didier, á pesar de sus desdenes, de sus desprecios, de las razones que tenía para odiarle, podía haber dejado en la memoria de Carmen tan marcada huella?

¿No era, pues, á Didier de Prades á quien creía amar? ¿Acaso, no tenía á sus ojos su personalidad ni cualidades propias? Le amaba porque se había presentado á la hora propicia, á la hora fatal, á la hora de la crisis.

Si era así, ¿por qué ponía tanta obstinación en vencer la resistencia que se oponía á ella, en triunfar de la repugnancia que Prades no se tomaba ni aun la molestia de disimular? No era el único ejemplar, la única muestra que había en su sexo. Podía encontrar otros como él

y aun mejores. Tratábase sólo de no tener pretensiones muy elevadas y de dirigirse á corazones dispuestos en el momento, cansados de holgar; á corazones, en fin, que buscasen otro corazón.

¿La fealdad de Carmen debería ser un obstáculo á su felicidad? No. Hay hombres modestos, indulgentes; á esos era á los que podía conmovér. A otros les falta delicadeza, finura, gusto; el sentimiento de la forma no le poseen, y por ellos todas las mujeres padecen. A esos bárbaros, aunque Carmen les despreciaba, era á los únicos á quienes podría tener esperanza de serles agrádale.

¿No había sabido hacer que Didier, por espacio de una hora estuviese gustoso á su lado? ¡Pero era tan fácil de contentar, se acomodaba tan pronto á todo! Artista en todas sus cosas, no ignoraba que nada se parecía menos al arte que ella, y con

crueidad inaudita había dado público testimonio, delante de Carmen, del culto que la tributaba.

Si él se había alejado de ella, era porque ésta había cometido graves imprudencias. Si hubiese tenido más experiencia le hubiese tenido á su lado. Con el que le sucediese sabría mostrarse hábil, reservada, reflexiva, y sus amores con él serían eternos.

Púsose, pues, en busca del mortal nacido para reconciliarse consigo misma y hacer que se olvidase de Prades. Encontró á Richard y le confió esa doble misión.